Revista Agustiniana 175-176 (2017) 117-138

HÁGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

SANTIAGO SIERRA, OSA

1. CONTEXTUALIZACIÓN

1.1. El Padrenuestro

El padrenuestro es el resumen de la identidad del cristiano y en él encontramos todo lo que tenemos que pedir en la oración. Porque es la oración cristiana por excelencia y sigue teniendo el mismo valor y actualidad que al principio, es modelo de oración breve y acentúa la petición por el cumplimiento de la voluntad del Padre [1]. Es más: "En el padrenuestro está contenida la esencia de la fe cristiana que constituye lo específico del cristiano. En él se expresa la concepción de Dios, prójimo, mundo..., y esta concepción lleva al cristiano a obrar en consecuencia" [2].

El padrenuestro es una plegaria sublime, es oración del peregrino de todos los tiempos y latitudes. Aprendemos el padrenuestro, dice Agustín, para conocer a quién debemos invocar. Es una oración humana y divina. Con esta oración, según Agustín, el hombre se profesa mendigo de Dios, pero esto no nos tiene que ruborizar, porque por muy ricos que seamos, ante Dios siempre estamos necesitados, siempre somos mendigos que dependemos de él (Cf. Sermón 56, 9).

---

[1] SABUGAL, S., "El Padrenuestro. Análisis Histórico-Tradicional", en *Religión y Cultura* 26 (1980), pp. 635-647, p. 647. Cf. ID., ABBA... La oración del Señor, Madrid 1885.

[2] MENA, J. M., "El padrenuestro, cifra de fe y oración en san Agustín. El padrenuestro en la reflexión agustiniana", en *Mayeútica* 9, 26, 1983, pp. 215-226, p. 217.

El padrenuestro es una comunicación de los hijos con su Padre y el reconocimiento de Dios como Padre. El cristiano tiene en esta oración una escuela cotidiana de petición dirigida al Padre, un manantial inagotable de gracia. Dice Agustín: "Muchos ignorando qué les conviene, piden lo que no deberían pedir. Dos cosas, pues, debe evitar quien invoca: pedir lo que no debe, y pedirlo a quien no debe" (Sermón 56, 2). Dirigirse a Dios como Padre [3] es una novedad típica del cristiano, por ejemplo, Aristóteles llega a afirmar que no es posible que el hombre pueda ser amigo de los dioses [4]. Pero es la comunidad cristiana, en su conjunto, la que se dirige así a Dios y, de esta forma, es la oración de todos y para todos y, de hecho, todas las peticiones de esta oración están formuladas en primera persona del plural, porque nos dirigimos al Padre común no pidiendo sólo para uno en particular. Es decir, no se puede privar a esta oración de su significado comunitario. Lucas nos indica que ha sido un discípulo el que, experimentando la ausencia de una oración para el grupo, le pide a Jesús que les enseñe a orar como hizo Juan con sus seguidores (cf. Lc 10, 1-4), y Jesús les propone esta oración comunitaria que les puede mantener unidos y expresar su comunión. Por tanto, el padrenuestro surge de la necesidad de rezar juntos para mantenerse unidos [5] y así es la oración de la comunidad que resume el contenido central de la predicación de Jesús [6].

---

[3] Con relación a considerarnos hijos y a poder llamar a Dios Padre, tenemos algunas joyas en los sermones que son dignas de ponerse en evidencia, por ejemplo: "Pensemos, carísimos, de quién hemos comenzado a ser hijos, y vivamos como conviene a quienes tienen tal Padre. Ved que nuestro Creador se ha dignado ser nuestro Padre" (Sermón 57, 2). En otro sermón dice: "En los cielos hemos hallado un Padre, atendamos a cómo vivamos en la tierra, pues quien encuentra a tal Padre, debe vivir de forma que sea digno de venir a su heredad. Por otra parte decimos en común: Padre nuestro. ¡Cuán gran dignidad! Lo dice el emperador, lo dice el mendigo, lo dice el siervo, lo dice su Señor" (Sermón 58, 2). Además: "Habéis comenzado a pertenecer a un importante linaje. Bajo este Padre son hermanos señor y siervo; bajo este Padre son hermanos emperador y soldado; bajo este Padre son hermanos rico y pobre" (Sermón 59, 2).

[4] "No hay en todos estos casos un límite preciso que determine hasta donde se puede ser amigo, y pueden no darse muchas condiciones y a pesar de ello perdura la amistad: pero con seres tan separados de los hombres como con los dioses ya no es posible" (ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco* 8, 7; 1258b).

[5] Dice Agustín: "Las palabras, pues, que ha enseñado nuestro Señor Jesucristo en la oración son horma de los deseos. No te es lícito pedir algo distinto de lo que ahí está escrito" (Sermón 56, 4).

[6] Cf. CAMPELLO, M. M., "San Agustín y el Padrenuestro", en *Augustinus* 45 (2000) pp. 35-86, p. 47).

Es más, cuando nos separamos de la comunidad de los hermanos, cuando nos refugiamos en lo nuestro, nos exponemos a toda clase de fracasos. Entre los Padres de la Iglesia Agustín ha sido el que más se ha esforzado por explicar el Padrenuestro [7]. Agustín está convencido de que todo hombre puede cambiar a través del cumplimiento práctico y externo de las peticiones del padrenuestro, y es que la conducta de uno en esta vida es central para Agustín, los hombres no son buenos por poseer las cosas que llamamos buenas, sino por el buen uso de las cosas y se hace bienaventurado con el poder por el que se hace bueno: "Con tales bienes no se hacen buenos los hombres; los que se hicieron buenos por otra parte, hacen por el buen uso que ellas sean bienes. No está en ellas el verdadero consuelo, sino más bien allí donde está la verdadera vida, puesto que es necesario que el hombre se haga bienaventurado con lo mismo que se hace bueno" (Carta 130, 3).

El padrenuestro está dividido en dos secciones, las tres primeras peticiones apuntan a lo eterno y las cuatro últimas apuntan a lo temporal, aunque todas ellas miran a nuestro beneficio, las hacemos para nuestro bien. Es cierto que no se deben pensar como un proceso ascensional, como si fueran distintos peldaños de elevación a Dios, sino como una agenda espiritual, como un proceso con muchos aspectos a tener en cuenta y siempre implicados todos ellos para progresar. Porque en la oración lo que es importante es la piedad ya que el fin de toda oración, y más del padrenuestro que es el modelo de toda oración, es desarrollar un afecto duradero que exprese el deseo en la peregrinación: "Nuestro Dios y Señor... pretende

[7] "Entre los Padres, san Agustín ha sido el máximo comentador del padrenuestro. En las obras que han llegado hasta nosotros, son siete las veces en que aborda la explicación de la oración dominical. Trata de este tema especialmente en la exhortación a los competentes o catecúmenos entre los años 410-412, en los sermones 56-59, todos ellos pronunciados en la ceremonia de entrega del padrenuestro a los catecúmenos en el domingo quinto de cuaresma, los cuales, recibido el bautismo en la Vigilia Pascual, debían rezarlo entonces por primera vez, con los demás fieles. Además, ya había escrito algún comentario al padrenuestro en El Sermón del Señor en la montaña, por los años 393-394. Otra vez se lo explica a Proba en la carta 130, del año 411-412. Como si no estuviese contento de estas dos obras, vuelve de nuevo sobre este asunto, ya en su madurez teológica, durante la controversia antipelagiana, en El don de la perseverancia, de los años 428-429, cercano ya a su muerte. En todos estos comentarios conjuga su experiencia como exegeta bíblico con su reflexión de teólogo, la exposición catequética con su intuición de místico" (CAMPELLO, M. M., *a.c.*, pp. 55-56). Tenemos que añadir también el Equiridión en el 421, donde nos dice la opinión sobre la versión de Lucas y la resume en el número 116, considerándola de menor importancia que la de Mateo (Cf. JACKSON, ST. A., "El Padrenuestro en san Agustín", en *Augustinus* 40 (1995), pp.125-137, p. 125).

ejercitar con la oración nuestro deseo, y así prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar" (Carta 130, 17). Esto implica, y así lo entiende Agustín, que sabemos lo que queremos, porque lo deseamos, pero no lo sabemos ni lo tenemos del todo: "Esto quiere decir que hay en nosotros una docta ignorancia, por decirlo así, pero docta por el espíritu de Dios, que ayuda nuestra debilidad... El Espíritu Santo impulsa e interpela a los santos con gemidos inenarrables, inspirándoles el deseo de esa tan grande realidad, que todavía nos es desconocida y que esperamos con paciencia. Pero ¿cómo es que, cuando se desea, se pinta lo que se ignora? Porque en verdad, si enteramente nos fuera ignorada, no la desearíamos. Y, por otra parte, si la viésemos, no la desearíamos ni la mediríamos con gemidos" (Carta 130, 28). Evidentemente sabemos, pero no sabemos todo, tenemos conocimientos, pero tenemos también lagunas que provocan los deseos de conocer más y mejor.

1.2. Hágase tu voluntad

Esta petición es exclusiva de Mateo e interpreta el sentido de la petición anterior[8]; ya que Dios reina y hace cumplir su voluntad en el cielo y en la tierra, por tanto, la implantación del reino de Dios es que Dios Padre reine sobre el que hace su voluntad, sobre el que realiza en la tierra con igual perfección que los ángeles la cumplen en el cielo. En este contexto se podría afirmar que lo que Mateo nos quiere decir es que sabemos que el Reino ha venido a nosotros si vivimos adheridos al proyecto de Dios, es decir, si hacemos su voluntad. Los que viven con Dios en su casa (cielo), viven en comunión plena con su querer, con su voluntad.

Pero ¿qué es la voluntad de Dios? La voluntad de Dios se puede identificar con Cristo. Jesús cumple la voluntad de Dios con radicalidad, es más, afirma que este es su alimento: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra" (Jn 4, 34). Por tanto, la voluntad de Dios tiene que ver con aceptar y seguir el plan que Él ha trazado y que según Juan, se identifica con la vida eterna: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo" (Jn 17, 5). Parece que esto quiere decir que es en la unión con Cristo como el

[8] De hecho el Salmo 103 pone en relación los dos aspectos cuando dice: "El Señor puso en el cielo su trono, su soberanía gobierna el universo. Bendecid al Señor, ángeles suyos, poderosos ejecutores de sus órdenes, prontos a cumplir su palabra. Bendecid al Señor, ejércitos suyos, servidores que cumplís sus deseos. Bendecid al Señor, todas sus obras, en todo lugar de su imperio" (Salmo 103, 19-22).

hombre hace la voluntad de Dios, pero esa unión solo es real cumpliendo los mandamientos: "haciendo lo que yo os mando" (Jn 15, 14) y haciendo lo que le agrada a Dios. El cristiano santifica el nombre de Dios, proclama su reinado plegándose en todo momento a su voluntad.

En la tradición espiritual esta petición resume perfectamente la esencia de la santidad, que consiste en el cumplimiento de esta voluntad. De hecho, según san Pablo, lo que Dios quiere es nuestra santidad: "Porque esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación" (1Tes. 4, 3). En la tradición se sitúa la voluntad de Dios en la imitación y el seguimiento de Cristo, ya que Cristo es la expresión viviente de la voluntad de Dios, la encarnación perfecta de esta voluntad.

2. La tercera petición del Padrenuestro en San Agustín

¿Qué significa esta petición? Cuando nos acercamos a las obras de Agustín donde comenta el padrenuestro inmediatamente nos percatamos, cuando llegamos a la tercera petición, que hay una rica variedad de significados, aunque parece clara su formulación, de hecho dice Agustín: "Oíd, pues esta petición puede entenderse de muchos modos y mucho hay que considerar en esta petición" (Sermón 57, 6). Para acercarnos a esta variedad de significados puede ayudarnos el siguiente texto de uno de los sermones predicado a los que se están preparando para el bautismo: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Te sirven los ángeles en el cielo, sirvámoste nosotros en la tierra. No te ofenden los ángeles en el cielo, tampoco lo hagamos nosotros en la tierra. Como ellos hacen tu voluntad, hagámosla también nosotros. ¿Qué pedimos aquí sino el ser buenos? Cuando cumplimos la voluntad de Dios -sin duda alguna, Él hace siempre la suya-, entonces se cumple en nosotros su voluntad. Existe también otra comprensión adecuada de Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Aceptamos el precepto de Dios; nos agrada y agrada a nuestra mente. Nos complacemos en la ley de Dios según el hombre interior. Entonces se hace su voluntad en el cielo. Al cielo se compara nuestro espíritu y a la tierra nuestra carne. ¿Qué significa, por tanto, Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo? Que del mismo modo que a nuestra mente agrada tu mandato, Señor, asimismo lo acate nuestra carne y desaparezca del medio aquella lucha descrita por el Apóstol... Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, puede entenderse de otra manera todavía: considerando a la Iglesia como el cielo, en cuanto que lleva a Dios, y como la tierra a los infieles... Cuando, pues, oramos por nuestros enemigos, por los enemigos de la Iglesia y del nombre cristiano, esto pedimos: que se haga

tu voluntad así en la tierra como en el cielo, es decir, como en tus fieles, así en quienes te blasfeman, para que todos lleguen a ser cielo" (Sermón 58, 4). Aquí se pueden sintetizar algunos de los significados, aunque hay que reconocer que cada interpretación merecería un amplio comentario y reflexión. Veamos ahora algunos de estos significados espigados en sus obras, aunque descubriremos unas constantes y distintas ramificaciones interesantes.

2.1. Pedimos imitar a Cristo

Pedimos que se cumpla en la tierra lo que Dios quiere, en el sentido que nosotros podamos hacer lo que Dios desea de nosotros. Es cierto que en nuestro mundo no siempre se cumple la voluntad de Dios y que los hombres con demasiada frecuencia somos rebeldes, pero "cuando oramos así buscamos la perfección" (Sermón 56,8). Lo que pedimos es que en cada momento se cumpla su voluntad en este mundo, como se cumple en el cielo. Es considerarse mendigo de Dios (Cf. Sermón 123, 1; 53, 5; 83, 2). Cristo siempre será el punto de referencia y hemos de partir de Él, porque Él es la pauta para el cristiano por eso no duda en decir que lo que significa esta petición tiene también que ver con la Iglesia y afirma "que se cumpla la voluntad de Dios en la Iglesia como en Cristo" (Sermón de la montaña 2, 6, 24). En otro momento dirá: "el cielo es la Iglesia; la tierra sus enemigos" (Sermón 56, 8).

Le pedimos a Dios que así como el Hijo siempre hizo la voluntad del Padre, también nosotros podamos obedecer y cumplir con su voluntad. Pero la voluntad de Dios es lo que Cristo enseñó y vivió. Cristo hace lo que agrada a su Padre, el cumplimiento de cuya voluntad se manifiesta en la conducta acorde con lo mandado y la enseñanza de Jesús. Cumplir la voluntad del Padre para nosotros implica una comunión con el Hijo. Pero en la vida de Jesús hay un elemento sumamente importante, es decir, es una vida en la que la humildad tiene un puesto destacado en la conducta, se da una firmeza en la fe y una rectitud en los hechos, misericordia en las obras, procurando no ofender a nadie y tolerar las ofensas que te puedan hacer, amar al Padre y guardar la paz con los hermanos: "El cielo son los fieles que revistieron la imagen del hombre celeste, de Cristo. A su vez, se llaman tierra a los infieles, dado que llevan la imagen del hombre terreno" (Sermón 59, 5).

Cumplir fielmente la voluntad de Dios consiste en imitar a Cristo y en esto consiste la salud del alma, en el cumplimiento de la voluntad divina.

Pedimos al Señor que nos de la capacidad de salir de nosotros mismos y que nos ayude a creer en la fuerza del amor de Dios por encima de nuestras malicias. Lo que pedimos es poder cumplir los preceptos por amor: "Sus santos ángeles, en efecto, le obedecen, no le ofenden; cumplen sus preceptos por amor a Él. Esto es lo que pedimos: que también nosotros cumplamos sus preceptos por amor" (Sermón 59,3).

2.2. Vivir aquí como allí

Cuando oramos así tomamos conciencia que en el cielo se cumple la voluntad de Dios por parte de todos los que allí habitan y que nosotros, que estamos en la tierra, queremos que también aquí se implante la forma de vivir de allá, de tal manera que nada se haga al margen de su voluntad: "Los santos no piden que se haga la voluntad de Dios en el cielo, sino que se haga así en la tierra como se hace en el cielo; que la tierra imite al cielo, esto es, el hombre al ángel, el infiel al fiel, y, en consecuencia, los santos piden que se haga lo que aún no se hace, no que persevere lo que es, pues sea todo lo santo que se quiera un hombre, todavía no es igual a los ángeles de Dios y, por consiguiente, no se hace en ellos la voluntad de Dios como en el cielo" (Del don de la perseverancia 3, 6). En otro momento nos dice Agustín: "Cuando pedimos hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, le pedimos para nosotros la misma obediencia, para que cumplamos su voluntad, como en el cielo la cumplen sus ángeles" (Carta 130, 21).

Todos los habitantes de la ciudad de Dios son el paraíso de Dios y también nosotros estamos llamados a esta realidad, aunque de momento estamos bastante distanciados: "¿De qué otra forma se puede entender Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo? Todos los santos patriarcas, todos los profetas, apóstoles, todas las personas espirituales son para Dios como el cielo; nosotros, en cambio, en comparación con ellos somos tierra. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo: como se cumple en ellos, cúmplase también en nosotros" (Sermón 57, 6). Es más, "nosotros somos buenos cuando cumplimos su voluntad" (Sermón 58, 4).

2.3. Imitemos la conducta que llevaremos allí

Se trata de intentar imitar la conducta que esperamos llevar en el cielo o que sospechamos que llevan en el cielo, haciéndolo todo como si ya estuviésemos allí. Agustín dice que lo que pedimos es superar la lucha interior para que triunfe la caridad, la concordia y la justicia: "Cuando haya pasado esta

guerra y toda la concupiscencia se haya conmutado en caridad, nada quedará en el cuerpo que resista al espíritu, nada que domar, nada que frenar, nada que pisotear, sino que todo caminará hacia la justicia por el camino de la concordia; es decir, se hará la voluntad de Dios en la tierra" (Sermón 56, 8). Vivir así implica tener la suprema alegría de sabernos en el querer divino con el que nos conformamos. Es más, el que cumple la voluntad de Dios se convierte en cielo. De hecho nos dice: "En nosotros el cielo es nuestra alma y la tierra nuestro cuerpo" (Sermón 59, 5).

2.4. Hacer vida de ángeles

Sospechamos que los ángeles son los que hacen tan perfectamente la voluntad de Dios que su conducta ha de servirnos de modelo a los que vivimos en la tierra, por tanto le que pedimos es hacer nosotros ya vida de ángeles, con todo lo que esto implica: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo; es decir, como se hace vuestra voluntad en los ángeles, que están en los cielos, los cuales están absolutamente unidos a vos y que gozan de vos, sin que error alguno oscurezca su sabiduría ni miseria alguna impida su bienaventuranza, así se cumpla en los santos que están en la tierra... Esto a fin de cuando preceda nuestra buena voluntad, que sigue al que es llamado, se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, al igual que en los ángeles celestes, a fin de que ninguna adversidad turbe nuestra bienaventuranza, que es la paz. Y así hay que entender de forma recta hágase tu voluntad, que se obedezca a tus preceptos, así en el cielo como en la tierra, es decir, así como por los ángeles, también por los hombres" (Sermón de la montaña 2, 6, 21). Pero no se trata de una oración de abandono en la voluntad de Dios, sino de una petición para que Dios haga que se cumpla su voluntad también en nuestras condiciones actuales.

Agustín quiere establecer un parangón entre ángeles y hombres porque piensa que son los ángeles los que pueden servirnos de modelo a la hora de cumplir la voluntad de Dios, y le pedimos a Dios que nos conceda la gracia de hacer vida de ángeles: "Como los ángeles santos también nosotros hagamos tu voluntad" (El don de la perseverancia 6). Pedimos para nosotros una obediencia idéntica, es decir, pedimos "que la voluntad de Dios se realice en nosotros del todo, como está en los ángeles celestes" (Sermón de la montaña 2, 21).

2.5. Abandonarnos al designio de Dios

Cuando oramos diciendo hágase tu voluntad nos abandonamos al designio misterioso de Dios y aceptamos ese camino de misterio, incluso cuando no entendemos demasiado. No podemos olvidar que el reinado de Dios se realiza ya en la tierra en quienes, sumisos al cumplimiento de la voluntad de Dios, aceptan el designio divino sobre ellos.

A la vez lo que afirmamos en esta petición es el desapego de la propia voluntad y nos ponemos a disposición de la implantación del reino de Dios que es la gran voluntad de Dios: "Lo que queremos decir y pedir es que, así como en el cielo se realiza su designio divino, así mismo se actualice en la tierra; esto es que todo el mundo llegue a la salvación efectiva"[9]. Este es el camino de la felicidad, que ya podemos experimentar aquí si hacemos realidad el designio de Dios y que será cumplido en plenitud en el cielo.

Pedir que se haga la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo es pedir que se haga la voluntad de Dios en todos los lugares y siempre: "Tiene también otro sentido las palabras hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo; es decir, así como se hace en los justos y santos, así también se cumpla en los pecadores" (Sermón de la montaña 2, 6, 22). En el fondo lo que estamos pidiendo a Dios en esta tercera petición es que seamos dóciles, que no seamos altivos, así lo afirma Agustín: "¿Qué quiere decir Hágase tu voluntad? Sea mi vida tal que no resista a tu voluntad" (Sermón 56, 7).

3. ¿Qué es la voluntad de Dios para Agustín?

3.1. Hacer lo que le agrada a Dios

Todos sabemos que amar a Dios significa fundamentalmente hacer lo que le agrada, es decir, cumplir su voluntad. También para Agustín amar a Dios significa obedecer, cumplir su voluntad, de hecho, cuando se pregunta ¿quién es el que le ama?, responde: "El que recibe mis mandamientos y los guarda, este es el que me ama. El que los conserva en su memoria y los guarda en su vida; el que los conserva en sus oídos y los guarda en sus obras; el que los conserva en sus conversaciones y los refleja en sus costumbres; el que los guarda en sus obras y los conserva con perseverancia,

[9] Campello, M. M., "San Agustín y el padrenuestro...", *a.c.*, p.40.

este es el que verdaderamente me ama" (Comentario al evangelio de Juan 75, 5). Además la vida santa, en la doctrina de Agustín, como ya sabemos sobradamente, consiste en amar: "¿En qué consiste la vida santa? En amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, y amar al hermano como a ti mismo. Amemos, pues, a nuestro Dios, amémonos en la unidad del mismo Dios, tengamos paz en Él y amor entre nosotros, para que, cuando venga el mismo Cristo, nuestro Señor, podamos decir...: 'Señor, con tu ayuda hicimos lo que nos mandaste; por tu misericordia danos lo que nos prometiste'" (Sermón 154 A, 6).

Vivir la voluntad de Dios sólo lo pueden y saben hacer los inteligentes, porque no se trata de ser borregos sino personas que saben dónde van y que hacen aquello que tiene planeado el que sabe más y controla la misión a la que cada hombre es destinado. Es más, para el ser humano el vivir desde la voluntad de Dios no es devocional, sino estructural, es decir, ha sido hecho así: "Esta criatura fue creada en tal condición que le es ventajoso estar sometida y perjudicial el hacer su propia voluntad en lugar de la de su creador" (La ciudad de Dios 14, 12). Y esto porque, como afirma Agustín un poco antes en el mismo libro, "la realidad es que el hombre ha sido creado recto no para vivir según él mismo, sino según el que lo creó. Es decir, para hacer la voluntad de aquel con preferencia a la suya. Y el no vivir como lo exige su creación constituye la mentira" (La ciudad de Dios 14, 4).

El hombre si no tiene en cuenta lo que Dios quiere de él, se arruina a sí mismo, porque no va a poder conocer su designio y, sin duda, terminará probando de todo y sin estar seguro de nada: "Pues el hombre, despreciando la divina voluntad, no puede usar de sí mismo sino para su mal; y así aprende qué diferencia hay entre adherirse al bien, común a todos, o deleitarse con el propio. De hecho, amándose a sí mismo, se entrega a sí mismo" (La ciudad de Dios 13, 21). Agustín insiste en que perseverar hasta el final significa convertirse hacia la voluntad de Dios: "¿Quieres ser injusto haciendo a Dios también injusto? ¿Por qué intentas atraer a Dios a tu querer? Conviértete tú al querer de Dios. ¿Y quién es el que hace esto? Aquel que pertenece al número de los pocos de quien se dice: Quien perseverase hasta el fin, éste se salvará" (Comentario al salmo 60, 9).

Es evidente que el hombre no puede competir con Dios en cuanto a la visión real de la vida y del mundo, porque "Dios sabe lo que hace. Dejémosle obrar. No demos consejos al médico y dejémonos curar" (Sermón 15 A, 9). Por esto, dejarle obrar es el camino para progresar y, en consecuencia, es de inteligentes. De todas las maneras siempre se va a realizar

lo que Dios quiere, por muchos esfuerzos que hagamos, aunque sólo nos aprovechará a nosotros si nos ponemos en la misma dinámica de Dios: "En efecto, el ser poderoso, siempre se sale con la suya. Sale victorioso para que yo haga su voluntad, no la mía" (Anotaciones a Job 9).

No hacemos ningún favor a Dios porque cumplamos su voluntad, sino que es a nosotros mismos a los que nos favorecemos; los que salimos beneficiados de nuestra relación con Dios, los que necesitamos de Él y nos aprovechamos somos nosotros: "No manda nada Dios por su propio interés, sino por interés del que obedece. Por eso es verdadero Señor, porque no necesita de su siervo, y, en cambio, su siervo necesita de Él" (Epístola 138, 6). Por eso, según Agustín, el gozarse de la propia voluntad es un error grave y poco inteligente por nuestra parte: "El primer pecado, es decir, el primer defecto voluntario, es gozarse en la propia voluntad, porque se goza en algo que es inferior a la voluntad divina, la cual es mayor" (Epístola 118, 15). Estando las cosas así es lógico que Agustín nos invite a atender a Dios, y confiar en Él: "Atendamos nosotros a Dios, que manda y ayuda: manda lo que debemos hacer y ayuda para que podamos hacerlo. Pero a unos la excesiva confianza en su voluntad los ha arrastrado a la soberbia, y a otros la excesiva desconfianza en su voluntad los ha sepultado en el desaliento" (Comentario al evangelio de Juan 53, 8).

La voluntad de Dios no es algo a temer dado que Dios nunca quiere nuestro mal: "No temas la llegada de tu Dios; no temas su voluntad. No te causará estrecheces cuando venga; al contrario, al llegar, te la dilatará" (Sermón 23, 7). Vivir el proyecto de la voluntad de Dios implica en cierta medida convertirse, reformarse; se trata de intentar en todo momento agradar a Dios y no querer hacer a Dios a nuestra medida: "No es bueno que, siendo tú perverso, te agrade Dios. Corrígete. No pretendas doblegar a Dios. Agrada a Dios y Dios te agradará. Sé recto tú, no sea que quieras la perversidad, no solo para ti sino también para Dios. Yaces ocioso, y compones un Dios según tus apetencias" (Sermón 65 A, 13). Según Agustín es Dios mismo el que nos revela el misterio de su voluntad con su gracia: "Considera ahora la profundidad: es la gracia de Dios en el misterio de su voluntad" (Sermón 53, 15).

Por tanto, el hombre siempre debe estar en Dios cumpliendo su voluntad para ser ciudadanos de su reino: "Siempre debe ser santificado el nombre de Dios en nosotros, siempre debemos estar en su reino, siempre debemos hacer su voluntad" (Sermón 56, 19). En el cristianismo no es bueno buscar los propios intereses ya que se nos pide negarnos a nosotros mismos, que no es otra cosa que hacer la voluntad del que vive dentro:

"¿Qué significa, pues: Niégate a ti mismo? No quieras vivir en ti. No hagas tu voluntad, sino la de aquel que habita en ti" (Sermón 330, 4). A veces podemos caer en la tentación de verlo todo con claridad, pero cuando se trata de la voluntad de Dios no es una cuestión intelectiva sino de fe: "Nadie entre en discusiones; la voluntad de Dios pide la fe, no preguntas" (Sermón 318, 1). En el fondo se trata de establecer el orden debido: "Establezca el orden aquel que sabe disponer lo que creó; sométete a su voluntad" (Sermón 296, 8).

Hacer lo que Dios quiere deberá ser el camino más recto y seguro para conseguir el fin del hombre. Es más, es feliz el que tiene a Dios (cf. La vida feliz 3, 17), es decir, la felicidad está en poseer a Dios: "Nada te hará feliz más que Dios" (Sermón 301 A, 3), será obligado poseer a Dios y gozar de Él: "Haznos felices con tu felicidad... Haznos dichosos de no perderte a ti. Si te poseemos a ti, ni te perdemos, ni perecemos. Haznos dichosos con la dicha que procede de ti" (Sermón 113, 6).

3.2. Amar a Dios de forma práctica

Lo cierto es que tenemos que asegurarnos que sólo queremos amar a Dios sobre todas las cosas y vivir conforme Él quiere, porque la voluntad de Dios es verdadera sabiduría, perfecta inteligencia: "Así llegará el hombre al conocimiento de las cosas secretas por el cumplimiento de los mandamientos... Se debe observar la obediencia para alcanzar sabiduría, y, una vez alcanzada, no debe ser relegada la obediencia... Es necesario que el amor de la justicia aborrezca toda iniquidad, el cual es tanto mayor cuanto más le inflama la dulzura de mayor sabiduría, lo cual se concede a aquel que obedece a Dios y entiende por sus mandamientos" (Comentario al salmo 118, s.22, 8). El justo no puede por menos de hacer siempre lo que Dios quiere: "A continuación observad, hermanos, cuándo no haga el justo la voluntad de Dios. Siempre la hace, y vive según su voluntad. La voluntad de Dios no se aparta de su corazón, porque la voluntad de Dios es la misma ley de Dios" (Comentario al Salmo 36, s.3, 5). De forma tajante afirma Agustín: "Pero ¿qué hemos de hacer sino cumplir su voluntad?" (Comentario al salmo 95, 19).

Amar a Dios de forma práctica es hacer su voluntad, así nos convertimos en miembros de su familia. Lo más perfecto no viene de ningún estado de vida, sino de la voluntad de Dios cumplida con profundidad. Según Agustín los hombres son buenos cuando cumplen la voluntad de Dios: "¿Qué pedimos aquí sino el ser buenos? Cuando cumplimos la vo-

luntad de Dios, entonces se cumple en nosotros su voluntad" (Sermón 58, 4). Es más, la demostración palpable de que tenemos un corazón recto es cumplir la voluntad de Dios: "¿Quiénes son los rectos de corazón? Los que enderezan su voluntad a la voluntad de Dios y no pretenden inclinar la voluntad de Dios a la suya... ¿Quieres tener recto el corazón? Haz lo que Dios quiere, no quieras que Dios haga lo que tú quieres" (Comentario al salmo 124, 2).

Alabar a Dios adecuadamente es realizar todas las acciones conforme a su querer, es decir, que no hagamos nada que quede al margen de la voluntad de Dios: "Para que no proceda de mi boca otra cosa fuera de lo que pertenece a tu gloria y alabanza; es decir, que no dimanen de ella acciones humanas que se llevan a cabo al margen de tu voluntad" (Comentario al Salmo 16, 4). Es más: "Alaban al Señor quienes se someten a Él, pues de otro modo se tuercen y pervierten" (Comentario al Salmo 32, 1, 1). Y esto porque la máxima felicidad está en cumplir lo que Dios quiere: "Aquellos, aunque parezcan ser algo en este mundo, no se alegran por ello, pues sus deleites están en cumplir los preceptos del Señor. Entonces se antepone lo que Dios manda a los halagos y amenazas del mundo" (Sermón 301, 8).

Cumplir la voluntad de Dios hace que pasemos de lo humano a lo divino y entramos en el proceso de divinización que Dios tiene previsto para el bien del hombre: "Antepón la voluntad de Dios a la tuya. Escucha, pues, lo que añade tu Creador y Maestro, que te hizo, y que para enseñarte se hizo Él lo que hizo... Te enseñó lo que tú debes pensar, lo que debes decir, a quién debes invocar, a quién debes esperar, cuya voluntad segura y divina debes anteponer a la tuya humana y flaca... Y así, anteponiendo la voluntad divina a la voluntad humana, el hombre sube de lo humano a lo divino" (Comentario al evangelio de Juan 52, 3). Y esto porque "la voluntad de Dios es recta, la tuya torcida; te parece torcida la de Dios porque tú no puedes ajustarte a Él. Encaúzate en ella y no intentes torcerla hacia ti. En vano lo intentarás, pues no podrás. Ella siempre es recta" (Comentario al salmo 44, 17).

Evidentemente todos podemos hacer lo que a nosotros nos gusta o lo que le gusta a Dios, pero haciendo lo que a nosotros nos gusta es fácil que pronto caigamos en una especie de apatía y gran aburrimiento, mientras que caminando por la voluntad de Dios, vivimos lo sorprendente, lo nuevo, porque todo está pensado por su amor. Agustín no sale de su asombro cuando comprueba que el hombre prefiere su voluntad a la de Dios: "Confieso que me causa indescriptible admiración el que haya hombres que prefieren apoyar toda su confianza en su debilidad a fiarla en la in-

conmovible firmeza de la promesa divina... Si, pues, ambas voluntades (la de Dios y la nuestra no siempre las conocemos) son inciertas, ¿por qué no apoya el hombre en la más fuerte, y no en la más débil, su fe, su esperanza y su caridad?" (La predestinación de los santos 11, 21).

El ejemplo máximo de cumplir la voluntad del Padre lo tenemos en Cristo mismo. Así como Adán hizo lo que quería, Cristo Jesús hizo lo que quería el Padre y de esa forma todos salimos beneficiados: "Adán, cuya desobediencia hizo pecadores a muchos, no juzgó según lo que oyó, porque desobedeció lo que había oído, y por sí mismo hizo el mal que hizo, por no haber hecho la voluntad de Dios, sino la suya. Este, en cambio, por cuya sola obediencia muchos son justificados, no sólo fue obediente hasta la muerte de cruz, con la cual, siendo vivo, fue juzgado por los muertos, sino que promete ser obediente hasta en el mismo juicio con que ha de juzgar a vivos y muertos" (Comentario al evangelio de Juan 99, 1).

3.3. Rectitud de corazón y voluntad de Dios

Es recto de corazón el que cumple la voluntad de Dios y vive según los preceptos del Señor: "¿Quiénes son los rectos de corazón? Los que quieren lo que Dios quiere... Endereza tu corazón y dirígele a Dios, porque el Señor se compadeció de los débiles. Ve en su cuerpo, es decir, en su Iglesia, a los enfermos, que primeramente intentaron seguir su voluntad; pero, al ver que la voluntad de Dios era otra distinta a la suya, se encaminaron y dirigieron su corazón a aceptar y seguir el querer de Dios. No pretendas encauzar la voluntad de Dios a la tuya, sino endereza la tuya hacia Dios. La voluntad de Dios es como una regla. Mira, piensa que torciste tu regla. ¿De qué te valdrás para enderezarla? La de Dios permanece intangible; es una regla inmutable. Mientras hay una regla inalterable tienes un medio de enderezar y corregir tu deformidad, tienes un medio de alinear lo que en ti está torcido. Pero ¿qué quieren los hombres? Poco es que tengan torcida su voluntad; pretenden aún más, quieren torcer la voluntad de Dios según tienen ellos torcido su corazón, para que así haga Dios lo que ellos quieren, siendo así que ellos deben hacer lo que Dios quiere" (Comentario al salmo 93, 18). Una de las tareas más fascinantes del cristiano es la de ser recto, la de tener un corazón orientado siempre hacia Dios. Agustín insiste en este pensamiento con mucha frecuencia: "¿Quiénes son los rectos? Los que enderezan su corazón según la voluntad de Dios... Al entender y conocer que Dios quiere otra cosa, anteponen la voluntad del mejor a la suya, la del Omnipotente a la del débil, la de Dios a la del hombre. Cuanto Dios dista del hombre, tanto se diferencia la voluntad de Dios de la del

hombre. Cristo que lleva al hombre sobre sí, que nos propone la ley, que nos enseña a vivir y nos da el vivir, da también a conocer cierta particular voluntad de hombre en la cual personificó la suya y la nuestra, porque es nuestra cabeza, y a Él, según sabéis, pertenecemos como miembros" (Comentario al salmo 32,2, s.1, 2).

Agustín nos dice que son rectos de corazón los que saben ver en todo la mano de Dios, no presumen de su justicia como si ellos supiesen más que nadie y saben dejarse curar por la medicina que Dios ha preparado: "¿Quiénes son los rectos de corazón? Ea, hermanos míos, continuamente lo estoy diciendo, y bueno es que lo sepáis. ¿Quiénes son los rectos de corazón? Quienes no atribuyen al acaso las cosas que soportan en la vida para medicina suya, sino al propósito de Dios; ni presumen de su propia justicia, pensando que sufren injustamente lo que sufren; ni creen que Dios es injusto porque padecen menos los que pecan más... ¿Qué? ¿Pretendes inclinar el corazón de Dios, que siempre es recto, a la perversidad del tuyo? ¡Cuánto mejor te sería encauzar tu corazón hacia la justicia de Dios!" (Comentario al salmo 63, 18).

De lo que se trata es de querer lo que Dios quiere, porque sólo así cumplimos con el proyecto de Dios sobre nosotros, es más, así entramos en el corazón de Dios, en su querer y nuestro corazón, se adhiere a Dios: "Como tenía fijo el corazón en Dios, por lo mismo era recto. Siendo Dios recto, cuando afianzas en Él tu corazón, te sirve de troquel para que tu corazón sea recto. Fija, pues, tu corazón en Él, y le tendrás recto" (Comentario al salmo 93, 19). Por tanto, no debemos oponernos a Dios si queremos ser de corazón recto: "¿Qué significa rectos de corazón? Que no se oponen a Dios" (Comentario al salmo 31, 2, 25). Agustín nos invita a corregirnos hasta que nuestra voluntad coincida con la de Dios (Cf. Comentario al evangelio de Juan 28, 7).

Esto vale también para nuestras oraciones, es decir, Agustín recomienda que dado que nuestra vida es obedecer los preceptos de Dios, es necesario pedir para que se nos conceda lo que nos ha prometido: "Sea tu vida obedecer a sus preceptos. En esto consiste el ser su súbdito, y pídele hasta que te de lo prometido. Permanezca la obra buena, persevere la oración. Conviene siempre orar y jamás desfallecer. ¿Cómo te muestras súbdito de Él? Haciendo lo que te manda. Aún no recibes recompensa, quizá porque todavía no la puedes recibir. Él puede darla ya, pero tú no la puedes recibir. Ejercítate en las obras, trabaja en la viña. Terminado el día, recaba el salario; fiel es el que te llevó a la viña" (Comentario al salmo 36, s. 1, 8). Someterse a la voluntad de Dios en todo momento e ir buscando

la voluntad de Dios hace más fácil el camino: "Se dice del hombre que tiene corazón recto cuando quiere todo lo que Dios quiere. Atended. Ora un individuo para que no le sobrevenga algo; ora y no se le impide. Ore cuanto pueda. Pero, si le sobreviene algo contra su querer, se someta a la voluntad de Dios, no se oponga al sublime querer... Luego, si el corazón recto va en pos del querer de Dios, el depravado se opone a Él" (Comentario al salmo 100, 6).

Por tanto, para conocer la voluntad de Dios es importante invocar el nombre del Señor y llegar a conocerlo: "Luego hay una gran diferencia entre los siervos que ignoran la voluntad de su Señor y, sin embargo, viven en su familia y en su casa, y los enemigos, que no sólo no quieren conocer a su Señor, sino que también no invocan su nombre y, además, atacan a sus siervos" (Comentario al salmo 78, 9). Llegar a conocer lo que Dios quiere es pertenecer a sus amigos: "Para que indague la voluntad de su Señor. Y eso era el mundo: un siervo que ignoraba la voluntad de su Señor, antes de que el Señor engrandeciese a su Santo; ignoraba la voluntad de su Señor, y por eso recibía pocos azotes. Pero ahora es ya un siervo que conoce la voluntad de su Señor, desde que la divinidad engrandeció a su Santo; y como no hace su voluntad, es castigado con muchos azotes" (Sermón 72, 7).

El que quiera conocer la luz y vivir a pleno día ha de comenzar por purificar el corazón y hacerlo recto, es decir, ponerlo de acuerdo con la voluntad de Dios: "Nació la luz para el justo, y regocijo para los rectos de corazón. ¿Pretendes conocerla? Sé recto de corazón. ¿Qué significa sé recto de corazón? No tuerzas tu corazón para con Dios oponiéndote a su voluntad, queriendo encauzar a Dios hacia ti y no encauzarte tú hacia Él; entonces percibirás el regocijo que conocen todos los rectos de corazón" (Comentario al salmo 96, 18).

Es Dios mismo el que se ha preocupado de reconducir al camino auténtico a los hombres ya que ellos se encontraban incapacitados para volver al buen camino: "Los hombres estaban torcidos; se hallaban extraviados; querían gobernarse a sí mismos; se amaban, amaban sus malas acciones; no sometían su voluntad a la de Dios, sino que pretendían inclinar la de Dios a sus concupiscencias. Se aíra el pecador y el inicuo contra Dios porque no llueve, y no quiere que Dios se enoje contra él porque resbala y cae. La ocupación casi cotidiana de los hombres es altercar contra Dios... La voluntad de Dios es recta, la tuya torcida; te parece torcida la de Dios porque tú no puedes ajustarte a Él. Encáuzate en ella y no intentes torcer-

la hacia ti. En vano lo intentarás, pues no podrás. Ella siempre es recta. ¿Quieres unirte a ella? Corrígete" (Comentario al salmo 44, 17).

La misma clave utiliza Agustín cuando habla de ser mansos, de poseer la tierra, que consiste en no resistir a Dios y agradarle en todo: "Poseerás la tierra verdaderamente cuando te adhieras a quien hizo el cielo y la tierra. En esto consiste ser manso: en no poner resistencia a Dios, de manera que en lo bueno que haces sea Él quien te agrade, no tú mismo; y en lo malo que sufras no te desagrade Él, sino tú a ti mismo. No es poco agradarle a Él desagradándote a ti mismo, pues le desagradarías a Él agradándote a ti" (Sermón 53, 2). Cumplir su voluntad y glorificar a Dios por lo que obra en nosotros y para nosotros es la tarea cotidiana de los sencillos de corazón: "Los mansos. Quienes no ofrecen resistencia a la voluntad de Dios, estos son los mansos. ¿Quiénes son los mansos? Aquellos que cuando les va bien alaban a Dios y cuando les va mal no le blasfeman; glorifican a Dios por sus buenas obras y se acusan a sí mismos por sus pecados" (Sermón 53 A, 7).

No basta con tener buena voluntad, es necesario poner por obra y cumplir lo que el mismo Dios nos manda: "Creed, entended, temed, absteneos de toda obra mala; informaos en la palabra de Dios, amad que os digan lo que quiere Dios y qué promete a los que cumplen su voluntad. Y para que se realice lo que Él manda, roguemos a Dios y Dios ayudará" (Sermón 77 A, 4). Algún día esta que hoy vemos en esperanza se realizará plenamente: "Cuando haya pasado esta guerra y toda la concupiscencia se haya conmutado en caridad, nada quedará en el cuerpo que resista al espíritu, nada que domar, nada que frenar, nada que pisotear, sino que todo caminará hacia la justicia por el camino de la concordia; es decir, se hará la voluntad de Dios en la tierra" (Sermón 56, 8).

Lo importante para el hombre es ponerse a disposición de Dios, someterse a lo que Él quiere, aunque no se conozcan sus intenciones: "¿Por qué lo quiso Dios? ¿Por qué lo quiso? Hasta que lo averigües, sométete a la voluntad del Señor tu Dios, haciéndote su amigo, puesto que conoces su intención. ¿Qué siervo hay tan soberbio que, si su señor le ordena que realice algo, le responde 'Por qué'? El Señor tiene cabe sí su intención: se somete a Él si la cumple, si la realiza bien, si de siervo se convierte en amigo, según lo que dijo el mismo Señor: 'Ya no os llamaré siervos, sino amigos'. Quizá llegue a conocer también la intención de su señor; entre tanto, antes de conocerla, sufra de buen grado su voluntad" (Sermón 296, 7).

4. ¿Dónde descubrir y cómo hacer la voluntad de Dios?

4.1. ¿Cómo saber lo que Dios quiere?

Una de las grandes preguntas que siempre está pendiente cuando hablamos de la voluntad de Dios es ¿cómo descubrir esa voluntad de Dios? ¿Cómo saber lo que Dios quiere de mí en este momento? Agustín nos presenta una serie de insinuaciones que pueden servirnos para situarnos adecuadamente:

- Descubrimos lo que Dios quiere de nosotros en la Iglesia: "Yo, en verdad, no creería en el Evangelio, sino me impulsase a ello la autoridad de la Iglesia católica" (Réplica a la carta del Fundamento 5).
- En los superiores: "Lo manda el obispo, y Cristo lo manda en mí. Bien lo sabe aquel en cuya presencia está ardiendo mi corazón" (Sermón 392, 3). "Obedézcase al superior local como a un padre, guardándole el debido respeto para que no ofendáis en él a Dios" (Regla 44).
- En los padres: "Únicamente no deben obedecer los hijos a los padres cuando los padres mandan a sus hijos algo contra lo ordenado por el Señor Dios. Y no deben airarse los padres cuando se les pospone a Dios. Cuando los padres ordenan algo que no va contra Dios, deben ser oídos como si fuera Dios el que ordena, puesto que Dios mandó obedecer a los padres" (Comentario al salmo 70 s. 1, 2).
- En la Escritura: "Con razón nos hallamos bajo el firmamento nosotros a quienes se nos descubre la voluntad de Dios mediante las Escrituras" (Sermón 229 R). Por eso Agustín nos amonesta a que nos informemos en la Palabra de Dios y así sabremos lo que tenemos que hacer: "Creed, entended, temed, absteneos de toda obra mala; informaos en la Palabra de Dios. Amad que os digan lo que quiere Dios y qué promete a los que cumplen su voluntad" (Sermón 77A, 4). Con la predicación de la buena noticia se ha descubierto a todos lo que Dios quiere: "Antes de ser predicado (el Evangelio) se desconocía la voluntad de Dios, con su predicación quedó al descubierto. Al predicarse el evangelio, se nos dijo lo que debemos amar, lo que debemos despreciar, hacer, evitar, esperar. Todo esto lo hemos oído; en ninguna parte del mundo se desconoce la voluntad de Dios" (Sermón 296, 11). En algunos salmos Agustín nos dice que se manifiesta la voluntad de Dios con claridad: "Hemos recordado ya en este salmo la voluntad de

Dios, es decir, qué es lo que nos quiere enseñar, qué amonestar, contra qué cosas debemos precavernos y qué debemos tolerar y esperar" (Comentario al salmo 36, s. 2, 1).

- En el interior: "Ya os dais cuenta de qué manera manda Dios, no con palabras, sino inspirando al corazón... Dios habla al corazón con medios admirables. Vemos que Dios manda hablando al corazón" (Sermón 11, 2). Dios habla interiormente cuando uno está preparado para la escucha, como le ocurrió a Pedro: "Habla a la mente cuando alguno entiende la majestad y la voluntad de Dios, como en el caso del mismo Pedro, que conoció en aquella visión cuál era la voluntad del Señor. Esto nadie puede conocerlo, a no ser que resuene en su interior un cierto clamor silencioso de la verdad" (Sermón 12, 4).
- En las circunstancias: "Pero lo corriente es que nos veamos forzados a constatar la diferencia entre la voluntad de Dios y la nuestra, no por una voz del cielo, ni por un profeta, ni por una revelación o sueño, ni por ese arrebato de la mente que llamamos éxtasis, sino por circunstancias ocasionales que nos reclaman un cambio de plan" (Epístola 80, 3).

4.2. ¿Cómo hacer la voluntad de Dios?

Pero una vez descubierta la voluntad de Dios, debemos preguntarnos cómo hacerla:

- "¿Cómo nos adherimos a la voluntad de Dios? De alguna manera te adhieres a la voluntad de Dios si te desagrada aquello que odia el que te creó. Dios es tu hacedor; mírate a ti mismo y destruye en ti lo que no salió de sus manos" (Sermón 19, 4).
- Haciendo lo que agrada a Dios: "Hacer la voluntad del Padre es creer... ¿Quién no sabe que hacer la voluntad de Dios es hacer sus obras, es decir, lo que le agrada" (Comentario al evangelio de Juan 29, 6). Vivir en disponibilidad y no resistir a la voluntad de Dios es la clave para agradar a Dios: "¿Qué quiere decir hágase tu voluntad? Hágase en mí de manera que no resista a tu voluntad" (Sermón 56, 7).
- Para hacer la voluntad de Dios adecuadamente, sería necesario hacerla por amor: "Los ángeles, en efecto, le obedecen, no le ofenden;

cumplen sus preceptos por amor a Él. Esto es lo que pedimos: que también nosotros cumplamos los preceptos por amor" (Sermón 59, 5).

- Prepararnos para cumplir la voluntad de Dios es estar dispuestos a no amar lo pasajero: "De esta forma, hermanos, si queréis estar preparados para cumplir la voluntad de Dios -cosa que os recomiendo y me recomiendo primeramente a mí mismo; más aún, nos lo recomienda a todos quien habla con seguridad-, si queremos estar dispuestos a cumplir la voluntad de Dios, no amemos lo pasajero de esta vida, no pensemos que es felicidad lo que así se denomina en este mundo" (Sermón 32, 18).

Evidentemente para agradar a Dios es necesario ponerse manos a la obra en este momento, porque como ya sabemos "Dios busca realizadores de sus signos, no meramente pintores" (Sermón 32, 13), no esperar a no sé qué tiempo para agradarle, es decir, cumplir la voluntad de Dios debe ser la tarea de cada día y en cada momento, porque sólo tenemos el hoy, mañana puede ser tarde. Se trata de no vivir en el pasado, sino de acostumbrarnos a recomenzar en cada momento, pero recomenzar en cada momento, ser fieles al ahora, implica vivir a la luz del último momento: "Cada uno de nosotros debe prepararse para cuando llegue su fin. El último día, en efecto, no acarreará mal alguno a quien, pensando que cada día es el último para él, vive en forma de morir tranquilo; a aquel que muere día a día para no morir eternamente" (Sermón 64 A, 1). Dios se hace nuestra ayuda para que podamos agradarle: "La paciencia desciende desde la fuente inmutable hasta las mudables mentes humanas, para hacerlas también inmutables. ¿De dónde le viene al hombre el agradar a Dios sino de Dios mismo? ¿De dónde le llega al hombre la buena vida sino de la fuente de la vida? ¿De dónde la iluminación sino de la luz eterna?" (Sermón 284, 1).

Sólo el que cumple la voluntad de Dios se prepara para ser ciudadano del cielo, y es que en la Patria sólo existe una ley: la voluntad de Dios: "En cambio, a los servidores de Cristo, sean reyes, potentados o jueces, soldados o de las provincias, ricos o pobres, libres o esclavos, de uno u otro sexo, se les manda tolerar al Estado, si es necesario, aunque sea el peor, el más corrompido, y adquirir, con el precio de una tal tolerancia, una morada esplendorosa en aquella santa y solemnísima asamblea de los ángeles: en la patria celestial, donde sólo existe una ley: la voluntad de Dios" (La ciudad de Dios 2, 19). Tú podrás hacer muchas cosas, pero si no concentras todo tu corazón y todas tus fuerzas y tu alma en el momento presente, no quemas nada; si tú no ardes de amor, muchos se mo-

rirán de frío. Si en todas las cosas que haces en un día no eres capaz de concentrar todo tu corazón, tu alma y tus fuerzas en hacer perfectamente bien lo que estás haciendo en ese momento, tú no quemarás nunca nada, no serás brasa de Dios: "Sólo puede encender a los demás quien dentro de sí tiene fuego" (Comentario al salmo 103, s.2, 4).

santisie@yahoo.es